

UNA NOVELA SOBRE EL UNIVERSO

Filólogos, antropólogos, filósofos e historiadores de España, Italia, México, Colombia, Brasil y Chile hacen inventario de la obra de toda una vida y dejan constancia de la influencia de José Enrique Ruíz Domènec en las generaciones de estudiantes, colegas y lectores apasionados por la Historia.

BASILIO BALTASAR

“La gran ambición humana por crear
una novela sobre el universo”.

Goethe

La fluidez narrativa que hace comprensible el relato de los hechos de otro tiempo no depende tan solo de la cortesía con el lector, ni de los buenos modales pedagógicos, ni del compromiso moral con la veracidad intelectual, ni de la sagacidad de quien investiga el testimonio de los hombres que vivieron antes que nosotros. A estas nobles cualidades deben añadirse los protocolos literarios de elegancia, nitidez y estilo que hacen tan distinguida la obra de nuestro historiador.

La mentalidad contemporánea enumera el requisito de los saberes –esa estructura conceptual propia de nuestra época–, pero la erudición de nuestro autor se sustenta además en una conciencia, panorámica, profunda y elevada, que abarca las diversas modalidades de la memoria cultural. Su mirada hacia el pasado integra en un armonioso informe la amplia experiencia cognitiva de la condición humana.

Los géneros discursivos que dan cuenta del paso del tiempo se han aposentado ordenadamente en sus respectivos compartimentos, aunque no por ello se ha deshecho el poderoso vínculo entre mito, historia y novela. Como depósito cultural de la vivencia que nos precede, las tres disciplinas mantienen vigente la promesa de alentar la comprensión del gran todo.

Las interrogaciones que formulaba Lévi-Strauss no han dejado de tener sentido para todo aquel que medita críticamente el alcance de sus investigaciones: “Cuando intentamos hacer historia científica ¿acaso hacemos algo científico o también adaptamos a nuestra propia mitología esa tentativa de hacer historia pura?”

Aunque insinúa alguna de las supersticiones que subsisten bajo nuestra arrogante presunción cultural, la reflexión del antropólogo francés es una invitación a suspender nuestra credulidad y aguzar una más severa desconfianza. Y todo ello en beneficio de la tarea emprendida por historiadores como Ruiz Domènec: la más ambiciosa adquisición del saber al que hemos sido destinados.

Constata por su parte Georges Dumezil que los ciclos narrativos en Irlanda y el País de Gales son de este tipo: “mitología vuelta historia en un caso y novela en el otro.”

En su conocida investigación sobre la obra de Snorri Sturluson y Saxo Gramático, Dumezil emprende la *comparación anatómica* del mito y la novela y describe el modo en que aquellos pioneros nórdicos, contemporáneos en el siglo XIII, utilizaron la tradición literaria y las imágenes míticas para poder contar la historia de sus antepasados.

Según Borges, lo recomendable en este caso es comparar a Snorri con Tucídides, pues del mismo modo aplicó a la escritura de la His-

toria el legado de su propia tradición literaria. A Snorri lo influyeron las sagas como a Tucídides la épica de los trágicos.

La *melange* de géneros atestiguada en los capítulos más antiguos de la memoria cultural y las transformaciones que han curtido nuestra evolución intelectual, adquieren en la postmodernidad un inesperado sentido. Sin descartar la exigencia metodológica de cada campo de conocimiento, aparecen como nuevamente significativas sus respectivas maneras de entender el mundo.

De hecho, en la disputa entre historia y novela no se trata de citar las fuentes encontradas en los archivos y contrastarlas luego con la imaginación que gobernó el comportamiento de sus protagonistas –las ficciones que se recitaban a sí mismos– sino de entender lo que hay de singularmente *literario* en la experiencia. Lo novelesco no es entonces el arte de poner en escena lo que se sabe, ni de hacerlo plausible con la cadencia oral, sino una manera de entender lo que no se puede contar de otro modo.

La literatura permite desplegar los recursos de la mentalidad mítica para entender las magnitudes menos obvias de lo real. Aceptando así que el mito no es sólo la epopeya legendaria de las divinidades antiguas, sino la narración de las fuerzas que operan enigmáticamente en la historia del hombre. No sólo el deseo, la furia, la ignorancia, el miedo, la fantasía, la tergiversación y el delirio, sino aquellas otras que trascienden las categorías del lenguaje y cuyos efectos, sin embargo, dejan visible el rastro de su paso por la historia del mundo. Así como los astrofísicos detectan los efectos gravitatorios de la materia oscura, por más que no sepan decir de qué trata esa entidad, los historiadores perciben la influencia de fuerzas cuya *naturaleza* no han podido formular todavía.

Cuando Georges Duby presentó su *Historia de la vida privada*, la magna obra colectiva que dirigió con tanta pasión, advertía al lector de que “en lo privado se encuentra encerrado lo que poseemos de más precioso, lo que sólo le pertenece a uno mismo, lo que no concierne a los demás, lo que no cabe divulgar, ni mostrar, porque es algo *demasiado diferente de las apariencias* cuya salvaguarda pública exige el honor”.

¿Cuántas claves de la Historia no pertenecerán a la inaccesible privacidad del espíritu? ¿Cuántas no habrán sido ocultadas por el celo de quién las considera dignas de una reservada discreción?

¿Acaso podremos encontrar en la impenetrable intimidad de la cultura ese algo *demasiado diferente* de las apariencias que nos permita acceder a la verdadera narratividad de la peregrinación humana?

Trenzar las potencias epistemológicas del mito, la novela y la historia, y penetrar con ellas los ámbitos que escapan a las otras disciplinas del conocimiento, ha sido uno de los desafíos afrontados por nuestro historiador. Su propósito es entender, comprender, discernir; estimular la inteligencia del lector y compartir con él la más exigente obligación intelectual. Afrontar la historia del mundo como el escenario en donde “acontecimiento, personaje y trama” representan la gran función del sentido.

Escuchar las conferencias de Ruiz Domènec, estudiar sus anales y leer sus libros permite ver en acción una de las destacadas cualidades del profesor: hacer sonar de nuevo las voces de sus maestros, actualizar su legado, renovar sus lecciones y extender la complicidad cultivada con sus colegas. En la gran tradición de la academia, el historiador pertenece a una genealogía de conocimientos, arduamente adquiridos y sutilmente elaborados por una estirpe que alcanza su plenitud cuando prolonga infatigablemente las enseñanzas recibidas.

La admiración que Ruiz Domènec dedica a sus maestros y colegas –“los autores que me han acompañado durante toda la vida”– ilustra la poderosa atracción de una disciplina que no deja de extenuarse ejemplarmente. Cuando cita lo que para Dilthey es la Historia –“esa misteriosa trama de azar, destino y carácter”– y lo que para Henri Bergson es la memoria: –“el fundamento de la vida espiritual”–, Ruiz Domènec configura su propio programa filosófico y la guía que orienta su indagación en los laberintos del tiempo.

Hablando de Georges Duby, Ruiz Domènec homenajea la influencia de aquella vida intelectual y académica sostenida por el talento, la admiración y la rivalidad. Cuando comenta a Jacqueline de Romilly no puede dejar de expresar su simpatía por la elegancia

con que la historiadora defendió el valor pedagógico de los ideales clásicos. Con Hans Blumenberg, Ruiz Doménech afirma el valor del hombre frente al dogma y el poder del mito para doblar la *prepotencia de la realidad*. Cuando se siente tentado de añorar las sofisticadas disputas de la inteligencia, recuerda a los historiadores que tienen “ideas claras, expresadas de modo elegante, sólidas, agresivas, aunque no disolventes, sino más bien provocadoras de vigorosas respuestas”. Entonces cita a Paul Veyne y su impetuosa aportación a la historiografía de nuestro tiempo: “los hechos no existen, sólo existen intrigas”. Con Hayden V. White hilvana sus propias cautelas ante unos hechos históricos que “no son encontrados sino contruidos por el tipo de preguntas realizadas” y vuelve a reclamar esas polémicas que “someten a juicio el hábito adquirido y arrojan nueva luz sobre métodos envejecidos.” En su amigo y maestro Martin de Riquer nuestro historiador identifica los mismos códigos de conducta, “soberbios, brillantes”, que aquél descubrió en las fuentes medievales y ve en la seductora *idea del linaje* las claves de un oficio, el de historiador, cuyos deberes se heredan de un modo similar a como lo hacían la caballería o los embajadores del amor cortés.

Ruiz Domènec reconoce la autoridad de estos maestros intelectuales, esos “con los que se tiene contraída una deuda que no se puede pagar”. Y por ello elogia la sabiduría propia del historiador que gracias a su trabajo “consigue escapar de la vaguedad, *esa lacra del conocimiento*”.

Como historiador y erudito, Ruiz Domènec podría haberse recluso en los archivos del pasado y haber gozado el aislamiento que protege de las convulsiones contemporáneas, pero su compromiso intelectual le hace plenamente lúcido de las condiciones del presente y las posibilidades del futuro. A lo largo de sus fructíferas décadas de investigación, enseñanza y escritura no ha dejado de ser consciente de la oscura *pestilence* que atraviesa los siglos; esa “irresistible inclinación del género humano a su propia destrucción”, ese misterioso entusiasmo incesantemente renovado.

Al historiador, volcado sobre los anales del tiempo que restaura con conocimiento de causa, y habiendo evitado durante su larga y fructífera carrera académica *la lacra de la vaguedad*, le parece aconsejable exponer al lector la magnitud del reto que le ha tocado en suerte a nuestra generación: “Si la humanidad ha de tener un futuro no será prolongando el pasado o el presente. El precio del fracaso, la alternativa a una sociedad transformada, será la oscuridad.” 🐣

[El Institut de Estudis Medievals de la Universitat de Barcelona ha editado un libro en homenaje al historiador José Enrique Ruiz Domènec: VV. AA., *José Enrique Ruiz-Domènec o la narración de la historia*. Edición de Daniel Rico y Almudena Blasco. Institut d’Estudis Medievals, Barcelona, 2021.]